ARTÍCULOS

Utopía y Praxis Latinoamericana / **Año 9. Nº 27 (Octubre-Diciembre, 2004) Pp. 49 - 60**
Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social / ISSN 1315-5216
CESA – FCES – Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela

El Caribe: integración, identidad y *choteo*

The Carribean Zone: Integration, Identity and "Choteo"

Félix VALDÉS GARCÍA
Instituto de Filosofía de La Habana, Cuba.

RESUMEN

La integración latinoamericana es un tema de urgencia práctica y teórica que no solo compete a economistas, juristas, historiadores. Ello requiere del debate de temas culturales, de la identidad y diversidad de los pueblos del área. Aquí ensayamos la idea de que la identidad es un fenómeno "construible", ideológico, histórico concreto. No hay identidades fijas. Sin embargo, hay rasgos comunes, como puede ser el *choteo*, esa capacidad de "no tomar las cosas en serio", de "tirarlo todo a relajo", que es identitario de los pueblos caribeños y tal vez tabla de salvación ante los peligros de la homogeneización cultural. Para realizar este análisis nos basamos en el caso de Cuba.

Palabras clave: Integración, identidad cultural, Caribe, *choteo*.

ABSTRACT

Latin American integration, and particularly Caribbean integration is an urgent matter in both practice and theory, one that concerns not only economists, but jurist and historians. It requires a debate around themes of culture, identity and diversity. In this essay, the idea that culture identity is "constructed," and is an ideological, historical concrete phenomenon, is discussed. There is no fixed cultural identity. However, there are characteristics common to the Caribbean, for example the phenomenon of "choteo" (making fun off, teasing) – a capacity related to "not taking things too seriously" or "to take things in a relaxed manner", which one of the Caribbean population characteristics. Perhaps it is a way to protect oneself in the face of the dangers of cultural homogenization. This analyze is based on the Cuban case.

Key words: Integration, cultural identity, Caribbean, *choteo.*

Recibido: 08-10-2004 • Aceptado: 30-10-2004

"Los Estados Unidos parecen destinados por la providencia para plagar la América de miseria a nombre de la libertad".
Simón Bolívar (un año antes de su muerte).
Carta a Patricio Campbell.
Guayaquil, 5 de agosto de 1859

"Se dice con frecuencia que América, toda la América, es un crisol, un meeting pot. Acaso sea buena esta metáfora para la América que tiene fundaciones metalúrgicas, donde el símil puede ser comprendido hasta por el vulgo. Pero los americanos del Caribe podemos emplear una semblanza más apropiada. Para nosotros América, toda América, es un ajiaco.
[...] hay mixturas, hervores, transitoriedades, jugos y desunidades de ajiaco. Sustancias ya fundidas y sustancias sin cocer".
Fernando Ortiz (1940)

"En América Latina y el Caribe, los artistas han tenido que inventar muy poco, y tal vez su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad... En síntesis, los escritores de América Latina y el Caribe, tenemos que reconocer, con la mano en el corazón que la realidad es mejor escritor que nosotros... Esa realidad increíble alcanza su densidad máxima en el Caribe, que, en rigor, se extiende (por el norte) hasta el sur de los Estados Unidos y por el sur hasta Brasil. No se piense que es un delirio expansionista No: es que el Caribe no es sólo un área geográfica como por supuesto lo creen los geógrafos, sino área cultural muy homogénea..."
Gabriel García Márquez

El Caribe es como un puñado de islas, todas dispersas en un mar cálido y verde azul, de luz blanca y lugareños mestizos. Es como un archipiélago disperso en una amplia cuenca. Es como un manojo de antillas ligadas a las riberas que las sostienen. El Caribe son las islas con su orilla, una cuenca toda, diversa, variada, coloreada, sin embargo hay algo que se repite, algo que le da unidad a la diversidad. Si bien es un área disímil, llena de historias –grandes y pequeñas–, distintas una antilla o demarcación de la otra en su apariencia física, sus paisajes, etc. –como dijera Alejo Carpentier en 1979– tienen en común la condición de ser islas sonoras. El escritor cubano, amante y testigo, conocedor palmo a palmo de cada una de ellas, como del Caribe colombiano, venezolano, mexicano, se refería a la música que la distingue.

Sin embargo, cuando hoy se habla de apremios y de inminencias, de un Gran Caribe, de integración caribeña y latinoamericana, se nos ocurre pensar no en la diversidad compleja del área, sino en la identidad aparentemente sencilla. Y es que pensar la integración del Caribe –no como economista o jurista, tampoco como historiador, sino intentando hacerlo desde lo cultural–, nos lleva a suponer, a ensayar tal vez, que si bien las diferencias son evidentes y la música es repetible, hay también una disposición ante la vida, hay un rédito que viene por varias causas y que hace que el oriundo decida no tomar las cosas tan en serio, sino reír, tirar trompetillas, hacer un ademán con el rostro y el ritmo de su cuerpo, que aligera las circunstancias por peliagudas que se presenten.

Me atrevo a la conjetura, a investigar que el *choteo*, ese rasgo que forma parte del peculio y que es identitario del cubano, es un rasgo que va más allá de la mayor de las antillas caribeñas, para ser atributo reiterado, compartido, de un modo más notable en unas que en otras, pero constatable para el forastero venido de Europa, de la lejana Asia o de Norteamérica, para quienes tocar puertos del Caribe es hacer estallar sus lógicas empacadas, tanto en sus valijas como en sus cabezas, corregir las agujas de sus relojes y nociones *apriori* del tiempo y el espacio. El *logos* de allá no funciona igual aquí, se desquicia, se trastorna o simplemente se declara insuficiente.

Un viajero francés llegado a mediados del siglo XIX a La Habana constataba la algazara, el bullicio, la norma quebrantada para sus esquemas, mientras apuntaba en su bitácora los rasgos y hábitos de los pobladores. Jorge Mañach contaba la calidez con que es recibido al llegar en barco a La Habana, donde un grito de extremo a extremo o el amable gesto de la mano pasada por el hombro te lleva a una familiaridad, a una proximidad, que te dice haberte acercado a otro espacio, a otra dinámica, la cual describió en su intento por pensar una fenomenología completa de este fenómeno peculiar, distintivo, que es el choteo cubano.

Y muchas causas pueden explicar el fenómeno del choteo. La historia, la antropología tienen sus claves, tal vez la condición de isleños, el estar abiertos a un mar desde el cual siempre algo nuevo llega. Pero eso sí, la presencia africana mezclada fundamentalmente con la ralea española, genera tal vez una disposición, una "sabrosura", un "vivió", una actitud y una filosofía ante la vida que no es similar si pasamos los límites de la costa y nos adentramos en tierra firme, en los Andes o en el interior de Centro América, o si vamos más allá de Yucatán y tocamos la herencia maya o azteca.

Pero de nada vale inferir, presuponer, si no es para advertir un tema vigente y reclamante de hoy: me refiero a la integración latinoamericana y en particular la integración en el Caribe.

La integración exige también pensar no solo sus aspectos de tipo económico, políticos, jurídicos, de cómo debe ser, y si es asunto de conveniencias, de demandas o alternativas viables o no, o de si la Unión Europea es un modelo de integración que funciona. Pensar la integración es ir además a un tema nada despreciable: lo identitario como premisa y como fundamento del propósito. Es encaminarse a lo cultural para que el proyecto esté completo.

PENSANDO LA INTEGRACIÓN Y LA IDENTIDAD

Tanto la integración como la identidad no dejan de ser temas amplios y complejos. Cada uno representa una complicada alforja de crecidos vericuetos y gastadas reflexiones. El uno por más de 200 años como gran utopía, el otro como dimensión real de la existencia del ser de estas tierras, así como invención o construcción ideológica, dinámica y cambiante. Pero cada uno se reevalúa y se hacen urgentes en estos años de comienzo de un nuevo milenio con un mundo que esboza y proyecta una aldea de economía global y, de hecho, unipolar en lo militar, lo político, lo cultural, con un mercado que homogeniza, universaliza, aplasta las pequeñas diferencias y hace de todos un todo único.

Tal vez la celeridad del peligro o la alarma nos hace volver sobre nosotros mismos para pensar en ambas cosas: la emergencia de la integración latinoamericana, efectiva, real, frente a la globalización y la regionalización, frente al ALCA, así como la reivindicación de lo identitario, de lo raigal, la necesidad de su construcción, frente a los brillos del capitalismo actual y de la globalización de la cultura.

Sin embargo, no quiero ir más allá del Caribe, quiero detenerme en este pequeño mundo, en esta región bañada por estas aguas que nos dan ese olor, color, historia y actitud ante la vida. No iré más allá porque detenernos en estos límites para ver tanto la integración como la identidad da muestra de la complejidad del tema. El Caribe como dice Benítez Rojo, son islas que se repiten incesantemente –cada copia distinta–, fundiendo y refundiendo materiales etnológicos como lo hace una nube con el vapor del agua[1].

La primera vez que me puse a distancia del Caribe tenía 20 años. Venía en barco desde el Mar Negro, atravesando el Mediterráneo y el recio y extenso Océano Atlántico hasta entrar en aquella sopa de aguas tibias, color verde azul, peces voladores y sargazos que daban la bienvenida al foráneo que irrumpía en un mundo de apariencias indomables y rebelde, de ambiente pegajoso y soporífero calor, un mundo colmado de lo natural. Los más de quince días de navegación no te producían tanto encontronazo ni tanto asombro. La fragilidad y la furia, la variabilidad y la fuerza de lo natural, una tormenta inadvertida de nubes negras y aguaceros bruscos, como consagración de la improvisación misma y de la fuerza de lo natural, no era común en los viejos mares. El Caribe era un mundo distinto, con olores dulces y música de ritmo que ponía a los tripulantes rusos con los pelos de punta y a los más de ochocientos cubanos desorbitados por verse, nuevamente, en su "salsa".

Una vez en Suecia debía definir, según un juego a la sazón, si era de América del Norte, del Sur o Centroamérica. Yo dije ser del Caribe y aquella nomenclatura no cabía en los esquemas del mundo. La región no estaba pautada. El profesor me decía que debía decir si era de Suramérica o Centroamérica, pero que tal demarcación no era exacta. A mí mismo me sorprendía el estar suspendido y la pregunta sobre el Caribe, más allá de una demarcación territorial, una región cultural o etno-histórica planteaba sus ambigüedades. Todo me hacía pensar cuan desconocido es este mundo que ha dado a la historia universal tan grandes contingencias como el descubrimiento del nuevo mundo, la trata negrera, la esclavitud, –el mayor genocidio de la historia moderna–, la revolución haitiana, el origen del capitalismo, la primera guerra imperialista del mundo, el primer país que proclama en el hemisferio occidental el socialismo como vía de desarrollo y que hace cuajar las mayores tensiones de la guerra fría en sus mares, el área del mundo que impone cambios magistrales del discurso económico desde su descubrimiento como que alberga las mayores ambiciones geopolíticas estadounidenses de la historia contemporánea. El área de los mayores choques de razas y culturas que ha visto la humanidad. A mi mismo se me hacía desconocido porque como isleño de este mar siempre hemos mirado más a la metrópolis y al continente que a las islas vecinas. La historia del Caribe es uno de los hilos principales de la historia del capitalismo mundial, sin embargo poco entendida por nosotros mismos.

Hoy día en estas multifacéticas y diversas islas, como en toda la cuenca, se hablan cinco idiomas europeos y varios aborígenes, más los dialectos. Ella es toda una condensación de culturas y lenguas que vienen a compartir una historia que las hace diversas y similares, pero en las que se asoma la amenaza, nuevamente, de sentirnos robados, impuestos de las influencias culturales de la cultura del norte. Mi asombro no se hace menor cuando veo las ramplonas pretensiones homogeneizantes, los nuevos modelos, los imaginarios, los símbolos y esquemas que se hacen valer.

1 Benítez Rojo, Antonio: *La isla que se repite*. Introducción. Tomado del sitio de Internet http://www.literatura.us/rojo/isla.html

Recientemente leí sobre una joven peruana que se fue a vivir a Miami, ese nuevo centro del mundo hispánico. Cuentan que venía con un seductor olor a cordillera, con sus alpargatas que conservaban la honradez del saco y la mano, con sus trenzas firmes y púdicas que caracterizaban esa otredad del ser latinoamericano. Sin embargo –dice desconcertado el periodista– en Miami, se le blanquearon los huesos y la joven peruana dejó de existir..., adoptó la silicona como paradigma espiritual, tiñó su cabello de rubio como futura *barbie* anti-andina. Así, lozana y constreñida se fue desdibujando su aureola, olvidó el poncho y el mate, a Sucre y a San Martín, a Cortázar y a Girondo... Pero también desconoce a Jefferson y Edgar Poe, y vive sin reales teatros, ni genuinas óperas, sin Inti Ilimani, o Ataualpa, sin genuina rumba. Lo mismo podría contar el periodista de una cubana o una venezolana, una dominicana que asume como lo normal, lo bueno, lo ético, lo bello, el paradigma de los nuevos tiempos, los esquemas homogeneizantes de una cultura que invade con sus normas y sus valores.

Aquí hay un peligro que salta a la vista y que inquieta. Las culturas, las identidades se reinventan, se fabrican constantemente. Pero hay algo que se comparte, que es estable en la variabilidad. Y en este mundo que se impone por los centros de poder hegemónico nos amenaza la homogeneización, la fragmentación, la macdonalización, la pérdida, el desprendimiento, el quedar en el limbo. Y de ello los pueblos del Caribe no están exentos.

Como algunos señalan, la creciente homogenización crea lugares de nadie, desprovistos de cualquier particularidad local o nacional, y se mencionan los aeropuertos, los supermercados, las ciudades que se confunden. Un Maracaibo igual a una Ciudad Panamá u otro lugar distante del globo. Los lugares homogeneizados por el capitalismo quedan desprovistos de cualquier particularidad local o nacional. Deleuze y Guattari hablan de este fenómeno como «desterritorialización», que se refiere no sólo al desarraigo físico de la gente del lugar que le es propio, sino también a una «liberación» de la raigambre cultural y la filiación, que hace que los subgrupos y los individuos diferenciados se coloquen como esta peruana, o una supuesta cubana en este torcimiento dentro de la cultura del desarraigo, de lo volátil y lo homogéneo.

Si reflexionamos sobre la integración y la identidad, fenómenos que hacemos superponer desde el Caribe que nos une, detengámonos en la distinción de cada uno de estos tópicos en la trama actual.

Es comúnmente conocido que la globalización ha generado un proceso de regionalización o de creación de bloques económico-políticos. En los últimos años se han diferenciado tres: uno bajo la égida de los Estados Unidos, el otro con Europa al frente y el tercero conformado en el mundo asiático con Japón y la China a la cabeza; una triada en la que convergen intereses económicos y de concentración de capitales geográficamente ubicados con intereses políticos consensuados. En el caso de la América Latina se adelanta el proceso: la creación del ALCA que no deja de espantar y ofrecer resistencia. Es por ello que frente a la globalización y a la configuración de bloques económicos aparece la necesidad de la regionalización o la integración regional que en los últimos años a sido creciente[2].

2 En el *Instituto Venezolano de Investigaciones Políticas* (INVESP), se han desarrollado amplios estudios en particular Andrés Serbín y Andrés Basart y también otros especialistas como Rita Giacalone sobre el tema de la integración caribeña.

De este modo la alternativa de la integración latinoamericana, pensada desde hace más de dos siglos se hace nuevamente más que real y necesaria. Sin embargo, es sabido que este proceso exige de varios agentes y no es sencillo. La integración no es asunto de proponer un esquema. La integración pasa por la gran diversidad que conforman a este continente, las disparidades económicas, las diferencias políticas, así como la multiplicidad cultural y de identidades.

Si nos detenemos en el área inmediata que proponemos: El Caribe. ¿Qué es el Caribe y cómo lograr la integración regional como salvación o alternativa ante procesos voraces como el ALCA? Hay muchos Caribes y el Caribe es una invención. La misma definición, el mismo concepto varía en dependencia del propósito con que el mismo se haya manejado: El Caribe o mar de las Antillas, el Caribe insular, las *West Indies*, CARICOM, el Caribe hispánico o el Caribe angloparlante, afrancesado, holandés, el Gran Caribe, la AEC. Todos, nos ponen ante la confluencia de lo diverso, lo múltiple, de regiones que por cercanas se distinguen por un pasado colonial lingüístico, de patrones culturales, políticos y que al mismo tiempo comparten elementos que se hacen comunes por su historia, como lo fue la plantación azucarera y la esclavitud africana.

En las últimas décadas y sobre todo con el fin de la guerra fría y el mundo bipolar la región se vio ante una dinámica compleja, un destino forzado a adaptarse, a readecuarse económicamente a un sistema global, a una economía que le exige ser competitiva, eficiente, después de haber forjado economías tradicionalmente pequeñas, caracterizadas por la mano de obra abundante, la producción manufacturada, de abastecimiento de materias primas, alimentos y quedar con una infraestructura débil, de bajo nivel de desarrollo tecnológico. Ya no interesan los renglones tradicionales a la economía transnacional y al gran mercado. La región necesita reconfigurarse, crear una nueva visión de ella misma, construir una "identidad caribeña" que permita superar los obstáculos y problemas legados del status colonial de cada una de las islas y de la región, las diferencias étnicas, los roles políticos durante la guerra fría y superar el parroquianismo insular y la falta de verse a sí misma como un todo unificable.

En 1994 se constituyó la Asociación de Estados del Caribe (AEC) y ello significó un desafío en la construcción de una comunidad regional que posibilite la cooperación económica intraregional, acuerdos para el comercio, la integración subregional y el logro de políticas de cooperación funcional. Se forja así la idea del Gran Caribe como resultado de la identificación de un problema común al margen de las divisiones y las fragmentaciones heredadas de la etapa colonial, las diferencias lingüísticas y los afanes geopolíticos de los Estados Unidos, siempre intercesores en el área. La visión del Gran Caribe y la convergencia político y cultural, la confluencia en la cooperación y la integración económica al margen de las diferencias y las fragmentaciones son alternativa ante la marginación que impone el sistema económico internacional que incidiría en la agudización de las diferencias, las injusticias, la descomposición de las sociedades y la absorción y el estrangulamiento de estas pequeñas economías insulares o de toda la región.

Vistas así las cosas, la integración regional como respuesta a la globalización de los mercados y de las finanzas, al flujo libre de las inversiones y la liberación del comercio, presupone la construcción de una comunidad de valores compartidos, de objetivos comunes y de creación de una identidad regional, es decir, de formación y construcción de una identidad regional distintiva que no existe por encima de las diferencias individuales, de las distintas identidades que conforman al Caribe.

La integración es asunto que refiere las diferencias, la unión de las partes en un todo a partir de una necesidad que se conforma. Y las identidades culturales como identidades en la diversidad, se reconfiguran a cada instante, no son fijas o estables. Se han formado a lo largo de la historia y contamos hoy con aquellas moldeadas por los años precedentes. La identidad caribeña, vistas las identidades como fenómeno ideológico, es construible, en la medida que constituye una exigencia del momento, del enfrentamiento a las políticas hegemónicas y excluyentes del gran capital. Para toda la América Latina la integración frente al ALCA es del mismo modo una emergencia.

La integración requiere de premisas ideo-culturales y simbólicas, de una base cultural e histórica, que la América Latina las posee, además de la reacción económica y política que propicien la superación de las representaciones estrechas y arraigadas, del estado-nación y la aparición de una conciencia regional. Como señala Andrés Serbín "la convergencia en torno a una identidad regional, a partir de una comunidad de rasgos culturales, lingüísticos e históricos, forma un ingrediente, si bien no determinante, a menudo fundamental en el impulso de iniciativas de carácter regional y, en esta forma, marca una clara diferencia con los procesos de homogeneización cultural implementados en el marco de la globalización, al utilizar el recurso de la diferencia como un elemento de aglutinación ideológica eventualmente regional"[3].

Compartimos la idea de que lo cultural y por tanto, las identidades culturales, son un producto social y a la vez configuran constructos sociales, constructos simbólicos, que se levantan sobre una determinada historia de sucesos, de actividad real, de vida económica, política, lo cual redunda en rasgos que se comparten. Lo identitario como lo mismo, lo individual, lo uno, lo que nos hace distintos y semejantes presupone lo diverso, presupone al otro. No es un atributo natural de determinados grupos humanos, que se heredan de unos a otros y que hacen que compartamos rasgos por condiciones de raza u origen, sino que es el resultado, es lo construido y, en el plano ideológico y teórico, su planteo va más allá de una determinada experiencia histórica. Ello sirve al discurso, a la configuración de determinados propósitos. Tanto las tradiciones como las culturas son representaciones simbólicas socialmente construidas y no legados pasivamente heredados, como fenómenos "naturales" ni tampoco son simples reflejos mecánicos de condiciones reales[4] como nos hubiesen explicado gustosamente aquellos profesores que hacían uso del gastado punto de vista del DIAMAT.

Lo identitario es el producto de acciones sociales lo cual no niega la existencia de elementos característicos de un determinado grupo que se trasmite en la cultura, en la historia como es el pasado colonial de mezclas de grupos (el negro africano y el blanco europeo, el *coolie* asiático) traídos a las plantaciones capitalistas por los colonizadores europeos y expuestos por dos siglos a la explotación, al mal trato, a la condición de seres inferiores.

Las tradiciones se conforman, se moldean acorde a los intereses que rijan, es decir son forjadas, creadas, manufacturadas. Como dijera Hobsbawm "las tradiciones se fabri-

3 Serbín, Andrés: *El ocaso de las islas. El Gran Caribe frente a los desafíos globales y regionales.* Caracas. INVESP, Nueva Sociedad, 1996. pág. 27.

4 Mato, Daniel: *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe.* UNESCO-Editorial Nueva Sociedad, INVESP, Caracas, 1994. pág. 15.

can" y en ello actores importantes son los gobiernos, los medios, los líderes, las comunidades intelectuales, los creadores, etc. Entenderlo así nos permite ver el inicio de un proceso.

Como bien señalase Carlos Monsiváis, la insistencia en las identidades tradicionales, en lo que entendemos estereotipadamente del mexicano puede ser un evento cómodo, manipulador, ideológico. Y apunta que ya se hacen irrefutables las generalizaciones de Samuel Ramos en su *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) y de Octavio Paz con su *El laberinto de la soledad* (1949). En México, en estos tiempos de economía global, señala este autor, se han hecho tan evidentes las diferencias y la falsedad de las identidades preconcebidas, que cuando el subcomandante Marcos, en el Zócalo, el 11 de marzo de 2001, a nombre del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, habla de los mexicanos los desglosa así:

> Hermano, hermana:
> Indígena, obrero, campesino, maestro, estudiante, colono, ama de casa, chofer, pescador, taxista, estibador, oficinista, empleado, banda, desempleado, vendedor, ambulante, banda, desempleado de los medios de comunicación, profesionista, religiosa, homosexual, lesbiana, transexual, artista, intelectual, militante, activista, marino, soldado, deportista, legislador, burócrata, hombre, mujer, niño, joven, anciano.

Por supuesto, sugiere Monsiváis, que el catálogo de estos tiempos no puede ser completo. Faltan por ejemplo los indocumentados, los protestantes, los minusválidos, los funcionarios. Pero con agudeza, Marcos señala lo primordial de la diversidad. Antes de instaurarse formalmente la globalización y su arrasamiento de los mitos "no funcionales", los que no se incorporan al mercado libre, la diversidad pone en crisis el espejismo de la homogeneidad y su unidad nacional, a la mitomanía del mexicano único (y la mexicana, que va detrás a unos pasos, respetuosamente) y la manera de percibir lo nacional.[5]

Por todo ello sería difícil sostener la idea de la existencia de identidades estables o sobre una identidad caribeña que no existe. Se considera que el consumo de imágenes y símbolos de los medios norteamericanos van conformando a un jamaicano diferente. No sería el mismo ni siempre igual. No hay un proceso o cosa que sea igual a sí mismo siempre. Por ello, si consideramos lo movible, lo falso para todos los tiempos de una identidad "ahora y ahí", al mismo tiempo deberíamos pensar en lo construible de una identidad caribeña hoy, como respuesta, como alternativa a la identidad homogénea que el capitalismo contemporáneo propone y esta debe partir de aquello que es estable, dado por la historia y el pasado común de estos pueblos.

Y si para pensar la integración, un elemento importante es lo identitario, entendido como aquellos rasgos estables y movedizos, propongo pasar a un tema que no por lo que este refiere sea de seriedad menor. Hay un rasgo que me atrevería a considerarlo común, estable y tal vez resultado de toda la configuración histórica de la región que forma parte, al menos, del Caribe hispano (y dudo no lo sea del resto del Caribe). Me refiero a esa peculiaridad dada a conocer ampliamente en nuestro país como el rasgo de psicología criolla, pe-

5 Ver: Monsiváis, Carlos: "Yankees come home", en *El Universal*. 16 de junio de 2002. Tomado del sitio de Internet: http://www.casla.com.br/artigos/indios.htm

culio del ser de estas tierras, que lo caracteriza por no tomar las cosas en serio, por tirarlo todo a relajo. De tener una actitud "suave" ante la vida. Ese rasgo en Cuba se ha encarado mucho y se denomina *el choteo* cubano, el encumbrado *choteo criollo*, el cual puede ser enfermedad y virtud al mismo tiempo.

VOLVIENDO AL CHOTEO

A inicios del pasado siglo, Cuba alcanza su independencia formal, un proceso frustrante que marcó la reflexión en años posteriores. Fenómenos tan contrastante como la ocupación norteamericana, la presencia de dictámenes políticos, realidades económicas y sociales nuevas, fueron poniendo a los intelectuales cubanos ante el tribunal de quienes somos, a dónde vamos, qué es la cubanía o quienes debemos ser. Era necesaria la pregunta ante un proyecto de república frustrada, de república sin sustancia donde éramos más un pueblo, un estado que una nación. Ello se hizo presente en la literatura, en las artes y hasta en la filosofía que pálidamente resurgía de la embestida positivista.

Un caso palmario fue el estudio de uno de los intelectuales cubanos de los años veinte, Jorge Mañach y Robato, quien ya desde las alturas de la filosofía, desde perspectivas fenomenológicas y en forma de ensayo reflexionaba sobre este fenómeno tan apremiado en todas las esferas[6]. La capacidad cubana de tirarlo todo a relajo, de no tomar las cosas en serio, de tirar trompetillas, de ridiculizar el poder inauténtico, de tener estos mecanismos de escape como inherentes en estos tiempos, mereció toda una fenomenología que fue desde el posible origen del término en lenguas africanas, de los pueblos españoles, hasta nuestra realidad. Se analizan sus formas de darse, y mediante un estudio pormenorizado se describe este rasgo de la cubanía. El ensayo, como bien reconoce el autor, fue toda una fenomenología del choteo mucho antes de que en el pensamiento latinoamericano parecieran estudios como los de Samuel Ramos, Octavio Paz o cualquier otro que desde las influencias del existencialismo y las corrientes fenomenológicas se cuestionaron el ser problema del mexicano, la mexicanidad, o el ser latinoamericano, de ese "hombre de carne y hueso".

Otros intelectuales como Fernando Ortiz, literatos o dramaturgos cubanos, músicos, políticos venían cuestionándose aquella actitud que para nada pertenece a tiempos andados. Ortiz atribuía a la presencia africana en la cultura cubana, en esa especie de ajiaco de muchos sabores que se había obtenido de hacer coincidir, como en el Caribe, oriundos africanos con europeos, y en el caso específico de Cuba, de africanos y españoles. Más adelante habla de este fenómeno como la transculturación[7]. Ortiz decía que los negros se ríen y se burlan (de todo), por eso son maestros en la sátira, son los manantiales del choteo... Su inextinguible buen humor y su espíritu burlesco, que los ayudan a defenderse contra los desajustes sociales y las inclemencias de la vida, se traducen en todo momento por una desbordada fluencia satírica, que a veces llega a sarcástica; es un equilibrio conciliador de tensiones, como diría Frobenius[8]. Y es cierto que los africanos llegados desde las costas occidentales subsaharianas a Cuba se caracterizan por ser seres dados al ritmo, a la melodía, a la

6 Ver Mañach, Jorge: *Indagación del choteo*. La Habana, 1928 ó en el sitio web www.filosofia.cu/clasic/

7 Esto lo hace Fernando Ortiz en su libro *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, publicado por primera vez en 1940.

8 Ortiz, Fernando: *Entre cubanos*. La Habana, 1987.

música, mientras el europeo haya sido en su conformación existencial más dado a la razón, a lo simbólico, al signo visualmente descodificable, aunque el español en toda esta descripción tenga un antecedente distinto, de mezclas, que a inicios del siglo XX Carlos Octavio Bunge le dedicara un exhaustivo estudio.[9]

Sin dudas, lo frustrante de la joven república no se asumía como tragedia sino mediante el choteo que empezó a marcar toda la vida cotidiana y todos los espacios del cubano. La falta de seriedad empezó a verse como una debilidad o una enfermedad que hacía de este, un mal a curar. Tanto la prensa, el teatro, la música, la gráfica, evidenciaban tal peculiaridad, tal rasgo que se hace identitario. Muchos son los ejemplos de choteo en la vida política. Hasta hoy son recordadas anécdotas como *"A correr liberales del Perico"* surgida en ligero altercado entre los Liberales y Conservadores de este pequeño pueblo, o cuentan que por el mismo tiempo, en Camaguey, un partido llegó a poner animales muertos (gatos, para más detalles) para que el mal olor disuadiera a los contrarios de ejercer el derecho al voto; mientras, en respuesta, los otros regaron agua enjabonada para que resbalaran antes de llegar a las urnas[10].

El inicio de siglo arrancó sin duda con una enconada muestra de choteo criollo. Todavía se tararean canciones de estribillo como *"Ahe, ahe la chambelona"* por la política de tan simpático mote o pervive aun el personaje de *Liborio* como símbolo del cubano, del pueblo.

Como dice una amiga, "por imponentes que fuesen la solemnidad y la formalidad del tono y los contenidos de los discursos políticos oficiales, una característica casi invariable de su recepción popular era la tendencia a ridiculizarlos o trivializarlos, traduciéndolos a los lenguajes de la fiesta y la comicidad"[11]. Aparecía el choteo como mecanismo de escape y al mismo tiempo como recurso de resistencia activa frente a la voluntad de poder hegemónico. Francisco Figueras se lamentaba de la "falta de veneración por todo lo que tiende a realzar y a enaltecer la vida, haciéndola más seria y más dignificada" de la que adolece el cubano como se lamentaba de la falta de capacidad para el pensamiento, tal vez por los excesos de carne de cerdo en la dieta. El cubano padece de una "afición exagerada a la risa, la burla y la jarana, hasta hacerla degenerar en el vituperable choteo". Ortiz, Figueras, Mañach y muchos otros inquirieron en el exagerado defecto y el último consideró luego una enfermedad curada. La revolución del 59 fue una muestra de la cura y de la toma de seriedad del cubano. Ya en 1955, en una reedición de su ensayo, Mañach decía de la cura del choteo, al menos en su forma acentuada de las primeras décadas.

Sin embargo, no es asunto del pasado ni fue rasgo pasajero. El choteo tiene sus primeros indicios en la primera obra literaria escrita en Cuba. Cintio Vitier considera que en *Espejo de Paciencia* del escribano canario Silvestre de Balboa se da la primera manifestación de choteo cubano. En condiciones de contrabando se da el secuestro de un obispo español por un pirata francés y el rescate de este por el negro Salomón. El pirata es muerto de manos de un grupo de vecinos de Bayamo a nombre del Rey de España a resultas del con-

9 Bunge, C. O: *Nuestra América*. Buenos Aires, 1918.

10 Esta anécdota la recoge Emilio Ichikawa en un trabajo preliminar sobre el tema publicado en Internet.

11 Iglesias, María: Adelanto de un trabajo de investigación sobre el choteo en la política cotidiana cubana de las primeras décadas del siglo XX.

trabando. Son las primeras muestras de cubanía en la literatura. Hoy el choteo, la trompetilla, si bien no del mismo modo como se haya manifestado a inicios del siglo XX, son ingrediente básico de la identidad nacional. El escritor cubano Gregorio Ortega, Premio de novela de la editorial Plaza Mayor - 2003, en la Feria Internacional del Libro de La Habana (febrero de 2004), afirmaba que el origen a este fenómeno no está solamente ni en el aporte de los esclavos africanos referido por Ortiz ni en la picaresca española, aunque ambos afluentes lo hayan nutrido.

El choteo sigue siendo actual. En la música, en particular en la guaracha, que a finales del siglo XIX se transformara en *Son* en el teatro vernáculo, según la musicóloga María Teresa Linares, tiene como esencia el choteo criollo y la crítica social, la celebración de la mujer cubana, con una intención que no es la de la canción de amor. Ella es –dice la musicóloga, junto con el punto cubano– "uno de los primeros géneros que califican la nacionalidad cubana". Y hoy día cuenta con creaciones como las de Pedro Luis Ferrer, Juan Formell. "En su *Por encima del nivel* se representa a la mulata actual, que es la figura principal en la guaracha, llamándole sandunguera. Y la palabra sandunga aparece en el siglo XIX para calificar a la gracia criolla[12]."

Los compositores de sones y guarachas repetidamente aluden a sucesos cotidianos nacionales, desde lo político a lo romántico, con frecuencia de un modo solapado, ingenioso o picaresco, que sirve para unir al bailador o el oyente con el intérprete vocal. Así, los soneros de fines del siglo XIX en el oriente de Cuba hacían referencias indirectas a los españoles con líneas tales como *'Mamoncillos dónde están los camarones'* –los temibles voluntarios, que apoyaban al régimen colonial y que vestían de rojo, por lo tanto, 'camarones'. Otros soneros prefirieron el doble sentido picaresco y los textos burlones del choteo en las letras de *Cuidadito compay gallo, La fiesta no es para feos, El muerto se fue de rumba, A romper el coco* e incontables melodías más. Otros se unían con el auditorio a través del agradable reconocimiento de pregones callejeros, desde *Coco seco* y *Mango mangué*, hasta *El manisero.* No en balde Alejo Carpentier quiso dedicar una de sus novelas a la picaresca, pero tal vez vista desde el Caribe.

Hay algo que L. Althusser, llamaría "mecanismo de interpelación", como mecanismo que tiene como función convertir a los individuos en sujetos y que los cubanos le decimos entrar en familiaridad. Jorge Mañach decía luego que el choteo tiene una tendencia niveladora que nos caracteriza a los cubanos y es eso que llamamos "parejería" y que nos incita a decirle "viejo" y "chico" al hombre más encumbrado o venerable." Es ese entrar en familiaridad, pasar la mano por el hombro y no hacer distingos entre lo público y lo privado de modo tal que lo familiar ya no alude a lazos sanguíneos personales, sino a lazos públicos nacionales. Una vez que lo ajeno se convierte en familiar, el proceso de conversión de lo privado en público se hace indetenible y es de dudar que los individuos no sean siempre sujetos involucrados en las más acaloradas conversaciones en una parada de ómnibus o en una cola de *guaguas*, en *el camello*, en todos aquellos espacios de la vida cotidiana, donde por complejos y difíciles, dramáticos que aparezcan siempre hay un escape relajante que hace decir: *¡No es fácil!* Es más, el *¡No es fácil!,* tan en moda hoy, se ha convertido en muletilla de estos tiempos. En lugar de decir en tono más dramático o cerrado: ¡Esto es difícil! Se

12 Tomado de *Juventud Rebelde*, Digital 15 de mayo de 2003. http://www.jrebelde.cubaweb.cu/2003/abril_junio/may-15/print/gracia.html.

dice al revés. Lo difícil de cada momento queda en la posibilidad, en el intento y que el lograrlo no es del todo fácil.

El choteo es más bien ingrediente de los pueblos caribeños, tal vez por haber compartido una mezcla racial, mecanismos coloniales de actitud férrea de las metrópolis, de la inestabilidad política posterior que había que evadir, como que está dado por la bienaventurada circunstancia de tener condición insular que hizo de estas islas, tierras abiertas a las cálidas aguas del Caribe que las acercaban al mundo y a formar parte de las "maquinarias del sistema de flotas o la plantación esclavista". No se da igual el carácter en tierra firme que en el Caribe unido por un mar que fuese escenario de tantos acontecimientos.

Tal vez el choteo, la capacidad de tener una actitud y una filosofía ante la vida, la "carnavalización" de todo lo "carnavalizable" y la descodificación en términos festivos de los proyectos más serios no dejará de ser cierto en nuestras tierras y ello lo constatamos en cualquier punto del área ante el ritmo y el calor del morador, en la costa del Caribe colombiano, venezolano y en todos los puertos que dieron inicios en la colonia a una red compuesta por pueblos, islas y muelles como el de Veracruz, Cartagena, Maracaibo, La Guaira, San Juan, La Habana y, que dan cuenta de un archipiélago, de un meta-archipiélago que enlaza historias, etnias y que como arco o brazo distingue, separa, a las dos Américas, la afro-latina de la anglosajona.

Esta peculiaridad geográfica nos pone en la frontera. Este curioso accidente geográfico –dice Benítez Rojo–, "le confiere a todo el área, incluso a sus focos continentales, un carácter de archipiélago, es decir, un conjunto discontinuo (¿de qué?): de condensaciones inestables, turbulencias, remolinos, racimos de burbujas, algas deshilachadas, galeones hundidos, ruidos de rompientes, peces voladores, graznidos de gaviotas, aguaceros, fosforescencias nocturnas, mareas y resacas, inciertos viajes de la significación. Es un meta archipiélago como la Hélade o el archipiélago malayo" signado por el límite geográfico, el muro de contención, la frontera que prevenga.

De este modo, pensar la integración en el Caribe frente a las amenazas de los tiempos actuales, verlo desde las perspectivas culturales, de la identidad de esta comunidad de pueblos e indagar una vez más sobre lo que puede ser identitario y de hecho ineludible, nos deja frente a legados tan colosales como dejara Martí en su último escrito:

"Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extienda por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso"[13].

Pensemos la identidad y la integración como un reclamo vigente de impedir hoy que caiga sobre la América esa fuerza aniquiladora que es el ALCA, la homogeneización. Construyamos porque el Caribe siga siendo ese límite de contención.

13 Martí, José: "Carta a Manuel Mercado", del 18 de mayo de 1895, en *Epistolario, Obras completas,* tomo V. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 1975, p. 250.